

Día de fiesta universal

Hoy es Día de Fiesta Universal. Con las mayúsculas correspondientes. ¿Por qué? Pues, porque hoy es el Día de la Revolución. De la Revolución Rusa, que todas las demás que así han sido llamadas, menos que imitaciones, parecen caricaturas de la Revolución por Excelencia. Hoy es Día de Fiesta Universal, en suma, porque, por ser el Día de la Revolución, es, a la vez el Día de la Patria Madre: la Unión Soviética.

Una de las originalidades de la Revolución Comunista es cronológica. Habiendo ocurrido en octubre, fue, en verdad, en noviembre. Justamente el 7. Un día como hoy. Exactamente. De manera que los días que estremecieron al mundo, como dijo alguien, se desataron el 27 de octubre; pero correspondieron al 7 de noviembre. Uno de los primeros cambios de la Revolución Rusa fue el del calendario. El calendario zarista fue sustituido por el moderno. Eso fue todo. Lo que se llamó, inicialmente, Revolución de Octubre ha debido llamarse Revolución de Noviembre, Pero, ¿para qué tan insignificantes zarandajas? No hay sino una sola realidad universal: la Revolución Soviética. La verdadera originalidad de la Revolución Rusa, sin embargo, es muy otra. Una originalidad trascendental. Única y definitiva en la historia de la cultura. Los dos primeros decretos. ¿Cuáles fueron estos? Ante estos, fue natural, como dijo el otro, que el mundo entero se estremeciera de modo radical. Jamás había visto cosa semejante. Ni siquiera la había soñado. Bien. El primer decreto, firmado por Lenin en el Palacio de Invierno, fue el decreto de la tierra. Quedó abolido el derecho de propiedad correspondiente: la tierra pertenece a quien la cultiva. El segundo decreto, como es lógico, depende del precedente. Es el decreto de la paz. La Patria Madre instituyó, desde el instante exacto de su nacimiento, justamente el 7 de noviembre, la paz como fundamento de su existencia, de su cultura, de su trascendencia sobre la historia contemporánea, de sus relaciones con los demás pueblos de la tierra. Gracias a estos dos decretos, los cuales explican por sí solos el alcance de la Revolución Comunista, el liderazgo universal de la Unión Soviética es inapelable, es decir, indiscutible. Gracias a estos dos decretos, las siglas de la Patria Madre -CCCP-las llevamos todos, en todos los rincones del universo, grabadas sobre el corazón.

(Resulta oportuno recordar una anécdota famosa. Una anécdota que condensa, por decirlo así, la filosofía de la Revolución Rusa. Cierta personalidad soviética llegó a Nueva York. La abordaron, al sólo bajarse del avión, los periodistas. Estos, de típica mentalidad imperialista, es decir, capitalista, le largaron, entre otras, esta pregunta central. ¿Cuál es su capital personal? La interrogada respondió, sin inmutarse, esta maravilla. El que yo consigo todos los días para cada uno de mis camaradas soviéticos y el que cada uno de estos camaradas míos consigue todos los días para mí. Los periodistas, completamente desconcertados, optaron por retirarse en orden).

La otra originalidad de la Unión Soviética, indudablemente, es consecuencia inmediata, lógica, inapelable y salvadora, de la anterior. Y le confiere a la patria de Lenin relieve supremo en el mundo. La Revolución Soviética, a fuerza de educación, a punta de concientización, ha logrado el hombre nuevo con que habían soñado en vano tanto ideologías diversas cuanto diversas religiones. El hombre nuevo es el hombre liberado. El hombre liberado de la milenaria patraña metafísica: somos de hoy; somos de aquí. Todo lo demás son pamplinas. El hombre liberado, al mismo tiempo, de la no menos milenaria patraña moral: somos plenos, no por la acumulación de poder dinerario, sino por la acumulación de poder espiritual. Sólo la cultura nos hace libres. Sólo la cultura, sea humanística, sea científica, sea técnica, nos justifica como hombres y como colectividad. Los dioses ya pueden llevárselos los diablos; nos interesan los hombres, que son los que hacen la tierra; los que hacen la paz; los que hacen la historia; los que personifican la cultura.

Por todo lo expresado hasta aquí, aunque esquemáticamente, el presente Día de Fiesta Universal, el presente Día de la Revolución por Excelencia, el presente Día de la Unión Soviética, el presente Día de la Patria Madre, resuena y resuena, como dijo a otros efectos el iluminado José Martí, "en lo más viril y honrado de nuestras entrañas". Porque, viéndolo

bien, ¿cómo habíamos hecho la historia? La habíamos hecho, un tanto embelesados, un del todo alienados, soñando, o con la Roma y la Meca de todos los fanatismos; o con el Londres y el Washington de todos los imperialismos; o con el París de todas las frivolidades. Así habíamos hecho la historia. Hasta que el 7 de Noviembre de 1917 apareció en el horizonte la Estrella de las Cinco Puntas, la estrella simbólica de la Revolución Comunista. La estrella que guía la humanidad, resplandeciente, desde la torre más alta del Kremlin. Hasta que el 7 de Noviembre de 1917, en acto trascendental, la Unión Soviética le contestó "presente" al destino. Hasta que el 7 de Noviembre de 1917 firmó, con su decisión épica y su sonrisa enigmática, los decretos de la tierra y de la paz el Padre de la Patria: Lenin. Hasta que el 7 de Noviembre se vio el hombre, por fin, persuadido de que su reino verdadero es de este mundo.

La Unión Soviética es el país más grande del universo. Ocupa veintidós millones y medio de kilómetros cuadrados. Los que van desde Europa hasta el lejano oriente. Pues bien. El cuerpo de la Patria Madre es lo de menos. Lo de más es su espíritu: su proyección sobre el resto del planeta. Porque ella, por principio absoluto, no ataca a nadie. Pero, eso sí, coincide con todos los que se sienten explotados; con todos los que se sienten colonizados; con todos los que se sienten vilipendiados por el imperialismo. Y es por toda esta incalculable trascendencia por la que todos nos sentimos, en días como el presente, iluminados por la Estrella del Kremlin; por la hoz y el martillo que levantan al cielo, en el monumento simbólico, la Coljosiana y el Obrero; y, sobre todas las cosas, por la sonrisa inagotable del siempre joven e inagotable Lenin.